

Es un placer engañoso. La crítica es más saludable que la adulación, aunque no sea dulce como ésta, y preferible al silencio, que es muy lúgubre. Un Gobierno sin oposición es un Gobierno al que le falta algo. Está condenado al monólogo, que en todos los teatros es lo más difícil y lo más peligroso. El diálogo llena más la escena, suscita la réplica, interesa al auditorio. Por eso, los monólogos tienen que ser breves.

Suprimir las resistencias produce una economía de fuerzas, pero la falta de resistencias, aumentando la velocidad puede conducir al despeñamiento. El que no tiene críticos, tiene que ser crítico de sí mismo, que es lo más difícil, a pesar de todas las autocríticas que escriben los autores dramáticos y otros, y que en la mayoría de los casos son autobombos.

El drama de los Gobiernos débiles es que no pueden hacer nada, y el drama de los Gobiernos fuertes, que pueden hacerlo todo. Se les piden milagros, por lo mismo que las gentes creen que lo pueden todo, ya que nadie les va a la mano. Ellos mismos, viendo ilimitado su poder, pueden lanzarse a peligrosas demasías. Y la verdad es que la fuerza de los Gobiernos fuertes es una fuerza relativa, como todo lo humano, y hasta más relativa o menos fuerte que otras cosas humanas. Un Gobierno fuerte puede reducir al silencio a sus enemigos, desterrarlos y hasta fusilarlos; pero no puede fusilar a los problemas. Estos son los adversarios de más cuidado. Los verdaderos enemigos a quienes tiene que vencer el Directorio, y si no los vence no habrá hecho nada y pronto se extinguirá el aplauso que le han dado, más por lo que se iba, que por lo que venía, son los problemas nacionales pendientes. Los partidos o ex-partidos políticos que se han caído solos, de puro maduros para la caída, y con los cuales se encarnizan ahora los que los han padecido y hasta los que se han aprovechado de ellos, que tal es la condición humana, son unos míseros adversarios comparados con los problemas económico, social, marroquí, etc., etc., y siguen las etcéteras, porque lo que es problemas no faltan.

Es verdad que la oposición y la crítica no suprimen los problemas. Mas aparte de que pueden contribuir a ilustrarlos cuando son razonadas, producen el efecto de repartir la responsabilidad. El crítico es un colaborador. Un Gobierno con oposición tiene la disculpa de que no le han dejado hacer. Un Gobierno sin oposición, lanzado al monólogo, como está solo en la escena, es responsable de todo a los ojos del público, de lo que puede y de lo que no puede. Fuera de que siendo

la crítica inherente a la naturaleza humana, cuando no se la deja expresarse fuera, se puede meter dentro como las erupciones, y ser entonces más peligrosa.

* * *

El régimen imperante ha declarado, si no me engaño, que no pretende suprimir la crítica. Sólo declara *tabou*, cosa vedada, ciertas cuestiones. Pide que se le dé un plazo para juzgarle, pretensión razonable. Pero también es razonable que la opinión pública, escarmentada de tantas declaraciones de otros gobernantes, observe una actitud expectante y no se entregue de buenas a primeras a una fe exagerada. El Gobierno dice que no quiere suprimir la crítica, ni ser más que un médico, deseoso de dar cuanto antes de alta al enfermo y marcharse. Obras son amores. Allá veremos.

Una de las cosas *tabou*, de las que no pueden tocarse, es el origen del actual estado de cosas, que quiere disfrutar del fuero del hecho consumado. Hablando con la imparcialidad que me he propuesto, digo que esta es cuestión secundaria. No estoy muy lejos de pensar con el profesor Duguít que la soberanía es una cuestión de hecho, doctrina a la vez positiva y revolucionaria, que en el fondo es la misma del hecho consumado. Como no hay nada nuevo debajo del sol, según dicen, esta doctrina tiene cierta filiación respecto de la que profesaron muchos teólogos y juristas acerca de la distinción entre legitimidad de origen y legitimidad de ejercicio en lo referente al Poder público. La legitimidad de ejercicio es más importante que la legitimidad de origen, es decir, que gobernar bien absuelve de haber llegado a gobernar por mal camino. Esto lo comprueba la Historia, y lo ha sancionado el pueblo, "origen de todo derecho y fuerza", según ha proclamado el general Primo de Rivera en un reciente documento, y hasta los poderes espirituales, como hizo el Papa en el caso histórico de Pipino el Breve. Los mayordomos de Palacio se sobrepusieron a los últimos degenerados merovingios, llamados, en la Historia de Francia, reyes holgazanes, *les rois fainéants*, y Pipino acabó por proponerle al Papa Zacarías, aquella célebre cuestión sobre si no convendría que fuese rey de derecho el que lo era de hecho.

Si el Directorio gobierna bien y vence a los problemas, poco importará que se haya pronunciado. Pero haga caso a los Padres de la Iglesia. Acuérdesese de San Agustín. Conviene que haya herejes:

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

(El Sol, Madrid).

¿Repulsa a la tradición?

Por disentir los juicios de *Azorín* sobre el teatro clásico de los del doctor Froberger, dice *El Debate* que: «La llamada generación del 98, a pesar de contar con escritores de talento literario, no ha ingresado en el torrente de la vida nacional, precisamente por su repulsa a la tradición genuina de España. Esta es la causa de su evidente fracaso.»

¿Por qué se ha de condenar a toda una generación por los pecados de uno de sus hombres? La crítica de *Azorín* no me ha gustado nunca tanto como su arte. Y la crítica de los clásicos no es faena característica del 98 sino labor realizada generalmente por hombres que se dieron a conocer antes y después de los llamados del 98.

¿Repulsa a la tradición? Hace veinte años que vengo diciendo que el pueblo que descubrió y conquistó América y contuvo y expulsó finalmente a los moros de tierras europeas, con lo que hizo posible, mientras se sacrificaba y sangraba en Las Navas, el maravilloso siglo XIII, padre de la cultura de Occidente, no necesita de otros títulos para ser una de las grandes naciones del mundo.

Pero una cosa es la tradición y otra los tradicionalistas. ¿Qué instinto suicida liga a nuestros tradicionalistas con esos siglos XVII y XVIII, de decadencia y ruina, en vez de buscar el agua de la vida española en el manantial de donde nace? Lo que hicieron algunos de los hombres del 98 fué precisamente amar a Berceo, a Manrique, a Santillana. Rubén Darío fué su mayor devoto. Actualmente es el poeta más leído en los países de lengua castellana. Eso por lo que aspecta al éxito literario.

RAMIRO DE MAETZU.

(El Sol, Madrid).

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO